

EL IMAGINARIO MASCULINO

Por Manuel Pérez Báñez, 2007



Fotograma de la saga "Superman"

Han sido ya varias las ocasiones en que desde los más diversos puntos de vista se han debatido los **estereotipos femeninos**, tanto en el sentido cultural (roles sociales adquiridos o impuestos a través de la educación y los medios de comunicación) como en el representacional, esto es, la construcción de imágenes estereotipadas del sexo femenino (niñas, jóvenes o adultas) y especialmente a las representaciones corporales exhibidas en las manifestaciones artísticas, la moda, la publicidad, los videojuegos, etc. Pero **¿qué pasa con el HOMBRE?...** pues que, al igual que se han ido construyendo a lo largo de los siglos los estereotipos femeninos, también han aparecido los masculinos. La diferencia entre ambos se basa en el hecho de que precisamente **los femeninos no han sido elaborados por mujeres sino por hombres**. Y sin embargo, los hombres sí que han (re)construido su propia imagen adaptándola a particulares intereses de poder y dominancia sobre el otro sexo, que han prevalecido inmutables durante bastante tiempo. Y ahora que empiezan a aparecer nuevas lecturas y nuevas miradas precisamente desde el otro sexo (el femenino), **la masculinidad tradicional parece entrar en crisis**.

En este aspecto también ha que constatar una diferencia más y es la forma en que uno y otro sexo hacen frente a su propia identidad: mientras que las mujeres han sabido (o no han tenido más remedio que) convivir con los continuos cambios a los que se han visto sometidas por los vaivenes estéticos y culturales de las distintas épocas (elogio a

la voluptuosidad, elogio a la delgadez, elogio a la androginia, etc.) el hombre (más estable como estereotipo) parece encontrarse -en la actualidad- en una encrucijada vital de convivir con nuevas imágenes y nuevas **lecturas que chocan frontalmente con los patrones establecidos para su masculinidad**, que consideraba inamovibles e intransferibles (al otro sexo, se entiende). Y dichos patrones tienen una larga tradición, fraguada a lo largo y ancho de toda nuestra historia. Estos son, a *grosso modo*, algunos de los **estereotipos sobre los que se ha fraguado la idealizada imagen masculina**. Espero se me perdone extenderme en exceso con el post pero creo que todas estas consideraciones son necesarias para su análisis e interpretación, con lo que tendremos que ampliarlo a más de una entrada.

El “superhombre”: El ídolo. El poderoso cazador. El Ser Mitológico. El Guerrero.



El mito del héroe es el más común y el más conocido de todos. Forma parte de nuestra cultura y está asentado en lo más profundo de nuestro inconsciente colectivo. La mayor parte de los modelos y estereotipos corporales en torno a la masculinidad beben de esta fuente. Los psicoanalistas dirían que los héroes son la proyección carnal del sujeto de deseo. Esta interpretación se sustenta a su vez en el -quizás- el más viejo y asentado mito, el **“mito del poderoso cazador”**. Con él, como nos refiere Elaine Morgan en el prólogo a su obra “Eva al Desnudo”, se pretende justificar gran parte de nuestra cultura y evolución como especie. Si caminábamos erectos era porque el *poderoso cazador* tenía que erguirse sobre las altas hierbas de las inmensas sabanas para otear el horizonte en busca de presas, si vivíamos en cavernas fue porque los cazadores necesitaban una base para sus operaciones, si aprendíamos a hablar fue porque los cazadores necesitaban comunicarse entre “ellos” para planear las jornadas de caza o para recrearse en el éxito y “heroicidad” de la caza anterior.

Dejando de lado las viejas **consideraciones teológicas** acerca del origen del hombre y la mujer, esta última – si nos atenemos al Libro del Génesis- como un añadido o complemento (a posteriori) del “Dios creador” a su gran obra de la Creación Universal y que, a tenor de cómo fueron desarrollándose los hechos bíblicos, le salió algo mal, como dice una canción popular: “digo que mi burro es un caballo que se torció”. Superadas estas concepciones teológicas luego vendrían los grandes “especialistas”: sucesivas hornadas de biólogos, etólogos, primatólogos, etc., que si en un principio podían arrojar algo de luz acerca de las muchas sombras que aún cubren la historia de nuestra evolución como especie, lo que hicieron en la mayoría de los casos fue llegar a las mismas conclusiones, al mito del “poderoso cazador”, al “héroe” del devenir de nuestra especie, sobre el que recae el mayor peso de nuestra evolución.



The Adventures of Ulysses: The Contest with the Laestrygonians, Charles M. Pratt 1917

En el Arte, a lo largo de la historia el **héroe** ha sido una de las representaciones de la masculinidad más utilizadas. La forja del héroe – al menos en nuestra cultura occidental- tuvo su caldo de cultivo en la **Antigua Grecia**, para prorrogarse más adelante en el mundo romano y de ahí hasta nuestros días. Los griegos a través de la Mitología consiguieron crear toda una imaginería acerca de las representaciones del héroe, que aún hoy muchos consideran el “ideal” de la belleza clásica. Las representaciones pictóricas, escultóricas y sobre todo los mitos narrados en las clásicas epopeyas de Homero (La Odisea, La Ilíada, etc.) forjaron para la posteridad la imagen del héroe varonil (fornido, valiente, aventurero, pasional, etc.) capaz de las más increíbles hazañas, el hacedor de la historia que ha de luchar contra ejércitos enteros o abominables criaturas (**Cíclope, Minotauro, etc.**), donde la mujer aparece con cierta frecuencia representada como “el mal” o el engaño que el héroe ha de saber sortear y vencer (**Arpías, Medusa, Esfinge, Sirenas, etc.**). Y como proyecciones de héroe mitológico tenemos en nuestra época moderna la encarnación del **superhéroe**,

mitificado primeramente en las viñetas del cómic (**Superman, Conan, Capitán América, etc.**) para luego apoderarse de la **gran pantalla y los videojuegos**.

Se hace evidente que los superhéroes “eclosionan” cuando se dan una serie de circunstancias favorecedoras, como cuando un país necesita levantar la moral, bien porque acaba de salir de una crisis económica o bien porque está inmerso en un gran conflicto bélico que conduce al país hacia una gran incertidumbre acerca de su destino. Y es por lo que la masculinidad debe reforzarse para bien del país. Y el héroe está ahí para esta importante labor de refuerzo y “pregnancia” en las conciencias ciudadanas.

La población necesita “creer” y sentirse fuerte y por ello proyecta sus anhelos en las figuras imaginarias y las hazañas de los superhéroes. O a falta de superhéroes, “personalidades” nacionales de carne y hueso, especialmente originarias del mundo del espectáculo o el deporte. En el caso concreto de la todavía aletargada (política, económica y culturalmente) España de los años cincuenta y sesenta, personificados en figuras estelares de la copla, el toreo o el **fútbol**, éstos últimos como los nuevos “gladiadores” mediáticos del siglo XX (y XXI), en alusión a este popular <http://es.youtube.com/watch?v=3yikryTWhjk> spot publicitario de una reconocida marca de refrescos que está ambientado –curiosamente- en una “mítica” época de heroicos guerreros que dirimen sus diferencias varoniles con un balón.



Todas las épocas, todas las culturas, todas las naciones han creado y mitificado (y mistificado) a sus héroes, **casi indistintamente varones**, identificándolos con una serie de valores y creencias que debían servir de modelo y señas de identidad. Y para honrarlos a perpetuidad les han consagrado los nombres de las más grandes avenidas, plazas y erigidos para su admiración y deleite, **ostentosos monumentos** en bronce, mármol o piedra. Héroes representados en el apogeo de su virilidad, montando a caballo (símbolo de poder y de dominio) o en el acto de enfundar o desenfundar su

“arma” (símbolo de connotaciones explícitamente sexuales). Y si hay algo que haya servido de abono para la eclosión de tanto héroe, esto es la guerra, el conflicto bélico.

El héroe nacional: El soldado heroico. El mártir. El líder político y militar. El “cabeza de familia” del estado.



Como hemos dicho, las **guerras** necesitan generar sus **héroes**. Si la guerra es un “invento” netamente masculino también lo habrán de ser sus héroes. Si bien en las guerras hay cientos y cientos de verdaderos héroes (y por supuesto, heroínas) anónimos que la historia (y la memoria) tardaría en reconocer, la industria del cine necesitaba **rescatar con urgencia la figura del héroe** personificado en el soldado raso, el sargento, el general o el batallón de élite.

El cine necesita figuras concretas, personificadas por actores ejemplares y fácilmente identificables con un **estereotipo de masculinidad** y con un adoctrinamiento moral y épico de la población (sobre todo si quieren reconstruyen las hazañas bélicas son del bando de los vencedores). El mensaje es simple pero demoledor: “así son nuestros héroes. Así es nuestra nación, fuerte, segura e invencible. Nuestra nación es una gran familia de héroes y de mártires. Y el cabeza de familia es el hombre, el que salva a su país o a otros países del mal, del enemigo. Así queremos ser y así queremos que nos vean.” Gran parte del cine norteamericano, especialmente el **género bélico** y en muchos sentidos también el *western* fue – y en muchos aspectos sigue siendo- un inmejorable escaparate para concienciar a la población de esta máxima, que indudablemente, muchos líderes políticos utilizan frecuentemente en sus discursos: el poder de la familia como metáfora de la nación. Una familia fuerte gira en torno al

núcleo del “varón fuerte y estricto” que toma las riendas del destino y la nación. Todo lo que atente contra este pilar básico de la familia atenta contra la nación. Será “forajido” o enemigo. Es por eso que la cuestión de la **homosexualidad** o el **aborto** sean temas tabú para la mayoría de los partidos políticos conservadores y lo son en el sentido que socavan en sus mismos cimientos este pilar o eje vertebral que articula el **discurso conservador** y religioso: el matrimonio hombre-mujer, los hijos y la familia. En definitiva, la nación como unidad indivisible e incuestionable y el “hombre” como valedor y salvaguarda de los valores (honor, valentía, fidelidad, justicia, venganza, etc.) que lo sustentan en la cúspide familiar.

Volviendo al conflicto bélico, y a sabiendas que nos desviemos algo del tema de este ensayo, también podemos hacer algunas interesantes observaciones sobre acontecimientos bélicos recientes que vinculan claramente este **concepto de nación fuerte** basado en el **despliegue varonil** de su omnipresente poderío militar (donde se logran crear las condiciones idóneas para propiciar una vuelta al primitivo instinto de agresión y de hostilidad de unos contra otros, de unos países contra otros, de unas ideologías contra otras) con un **concepto de sociedad patriarcal y tradicional**, en el sentido que se ha expuesto con anterioridad. La carrera de armamento entre unos países y otros no es sino esa necesidad de hegemonía y poder (o intimidación) que garantice sus seguridades nacionales, sus familias, sus regímenes políticos y sus sistemas de valores.

Ahí fuera está el **enemigo** (sea este visible o invisible), presto a robar o atacar a los nuestros, a nuestras familias. Tenemos que estar preparados. Es la consabida **“política del miedo”** y la prevención “cautelar” (que podemos resumir en un simple eslogan político : no pienses, no dudes, no esperes,...actúa) que practicaron con éxito algunos líderes mundiales como **Bush** hijo para justificar los escandalosos recortes sociales (y los no menos escandalosos recortes en derechos civiles, prestaciones sociales o libertades individuales) en beneficio de la inversión militar y armamentística, porque según su política del **“padre estricto”** sabe como “hombre” lo que tiene que hacer para proteger a los suyos (esto es , a las familias norteamericanas) y que cuenta con el beneplácito de Dios y de los países “aliados” y “amigos” (“Dios está con nosotros”, “Con la ayuda de Dios”, “Cruzada contra los enemigos de la nación y del Bien” son frases que dijo Bush en los medios de comunicación mundiales una y otra vez a raíz de los atentados del **11-S**). El padre estricto no duda, “sabe” que lo que hace es por el “máximo interés” nacional. Y sabe que hay medidas que no son populares, pero sabe como minimizar y “maquillar” este hecho aludiendo a que quienes no secundan su “cruzada” son enemigos de la nación, no quieren el bien para la nación y los suyos, son sospechosos de colaborar con el enemigo, al mostrar síntomas de flaqueza u oposición en el propio país. Las previsible bajas humanas (militares y civiles, tanto de sus filas como del enemigo) o los aludidos recortes se disfrazan eufemísticamente como “daños colaterales”. En definitiva, en épocas de “crisis” hay mostrar las mejores “galas” como

nación llamada a ser la guía espiritual, militar y económica del mundo. Hay un alto precio que la población debe pagar. Así que siempre habrá “personas non gratas” que se negaran a esta “colaboración” y desestabilizan con su manifiesta oposición a la comunidad, dañando psicológicamente la imagen de nación “fuerte” y unida (en defensa de sus intereses nacionales) hacia el exterior: el resto de la comunidad internacional. Estas personas no son “buenos” norteamericanos. NO están con ellos. No son “hijos” de la nación. No son...patriotas.

No importa que nuestras sociedades hayan alcanzado un envidiable nivel de cultura que garantice nuestra convivencia. En la historia reciente de nuestro pasado siglo XX (e igualmente de nuestro recién estrenado siglo XXI) abundan las experiencias de este tipo: sociedades que, pese a su relativo bienestar y *status* cultural, encuentran en el conflicto bélico la canalización adecuada para organizar y sistematizar ciertas tendencias agresivas reprimidas hasta convertirlas en instrumentos de expansión e imposición de una cultura sobre otra. Así vino ocurriendo con los sucesivos conflictos bélicos que surgieron a raíz de la **Primera Guerra Mundial**, que dieron lugar a una reacción en cadena de sucesivas guerras coloniales, expansionistas e imperialistas, que fueron en el fondo el deseo explícito de alcanzar la hegemonía de ciertas culturas (dominantes) sobre otras (vencidas, humilladas, anexionadas, colonizadas, etc.).



Mussolini, líder fascista italiano

En la **Vieja Europa** vimos nacer y desarrollarse varias de las pesadillas más atroces que ha sufrido la humanidad en nuestra edad moderna. Y todas ellas llevan grabado a fuego el nombre de “hombres ilustres”, como veremos. Ya hemos dejado ver como la **II Guerra Mundial** y en especial, la larga posguerra, propicia en todos los terrenos el auge de la masculinidad como valor social, reivindicado por el cine (galanes de

Hollywood) y la naciente publicidad comercial (El “*hombre Marlboro*”). Pero antes de la guerra habría que hablar de toda la parafernalia del **Fascismo** y del **Nazismo**, regímenes totalitarios y ultraconservadores, gestores de la **nueva “reencarnación” del mito**, del líder visionario, del gran héroe nacional que hace soñar a toda una nación con delirios de grandeza. Para ello estos regímenes recurrieron a una doble estrategia. Por un lado - y a través de una cuidada propaganda gráfica y artística- destruir al individuo como persona y crear para él una nueva y “uniforme” **imagen arquetípica** hecha de retazos anteriores (especialmente de la cultura y simbología clásica y romana) cuidadosamente seleccionados: raza, origen, símbolos, pureza de sangre, orgullo, obediencia, sacrificio y destino.



Imagen del III Reich (Berlín, Alemania) Revista LIFE

Esta imagen mítica es la gran **masa uniformada**, casi clónica de soldados rudos y orgullosos de su raza. Esta pretendida uniformidad era uno de los **mecanismos esenciales de los que se valía el fascismo para ejercer un control absoluto sobre las masas, en un primer lugar uniformidad física y como resultado de ésta, uniformidad mental**. No hay lugar para la individualidad o la discordancia. Una masa ciclópea, de rostros impenetrables que parecen esculpidos en piedra, mirando y caminando al unísono en la misma dirección: el hombre-máquina-soldado. Por otro, una serie de líderes fascistas como **Hitler o Mussolini** (e igualmente líderes de otros regímenes políticos aparentemente opuestos como el comunismo soviético) se erigen como mitos vivientes, superhombres que están por encima de la sociedad, del bien y del mal. Es curioso que ambos proyecten - en sus apariciones y discursos multitudinarios- una **imagen falocrática** en la que adoptan el rol de semental, apoyados por toda una

parafernalia escenográfica y simbólica que enfatiza la fuerza, la agresividad verbal y gestual, la verticalidad (estandartes, banderolas, columnas, etc.), la robustez, la organización, la dureza y la masculinidad prepotente del líder fascista. La consigna que transmitían como “machos políticos y militares” al otro sexo era simple: la mujer del soldado debe colaborar engendrando hijos para la lucha. Esa es su “alta misión” y su orgullo como mujer. El miembro fascista debe ejercitar siempre que pueda su “hombria” reproductora en beneficio de la patria y del partido. Ser homosexual o lesbiana, ser enfermo mental o tener algún tipo de minusvalía, ser un artista o intelectual irreverente o (peligrosamente) moderno y por supuesto, ser judío se consideraba una denigración de la raza y una amenaza potencial para el régimen, por lo que tenían que ser apartados, perseguidos, encarcelados, esterilizados o exterminados sin contemplación. Todo esto y más se hace más que evidente en este vídeo <http://es.youtube.com/watch?v=3VRv8id8Wjs> , fragmento de un discurso de Hitler a las juventudes alemanas que si lo enlazamos aquí no es porque nos apetezca recordar estas oscuras páginas de nuestra historia reciente sino porque ilustra perfectamente la parafernalia visual (masas de jóvenes arengadas) y el ideario “varonil” del líder fascista, tema de este capítulo.

Y porque este “modelo” ha sido el patrón a seguir en mayor o menor escala por otros **regímenes despóticos** en Asia (Jemeres Rojos de [Pol Pot](#)), África (**Bokassa, Mobutu, Obiang**,...) o Latinoamérica (**Somoza, Pinochet**,...). Los retratos de estos líderes sanguinarios son estremecedores: crueldades y corrupciones sin fin: megalomanías, atrocidades étnicas, abusos sexuales, genocidios masivos o disparates económicos. “Esta es la **historia de unos hombres mediocres**. Eran unos ignorantes y se invistieron maestros. Eran unos cobardes y se hicieron pasar por **héroes**. Eran seres insignificantes y se creyeron **dioses**”, dice **Sanchez Piñol** en su más que recomendable ensayo *Payasos y monstruos*, unas magníficas y estremecedoras crónicas sobre siete dictadores africanos del siglo XX, incluido **Obiang** todavía en activo, por desgracia.

Si observamos los carteles que representaban a los distintos **líderes políticos** en las contiendas observaremos la **casi total ausencia de mujeres**. Hemos visto como la guerra es la máxima representación de la masculinidad, y como tal representación, un coto reservado solo a los hombres. Estos suelen aparecer representado de forma recurrente como bustos recortados (rara vez representaciones de cuerpo entero) sobre fondos lisos, que enfatizan el gesto y la mirada, en escorzos o en planos contrapicados que les confieren dignidad y grandeza psicológica. Las mujeres cuando aparecen es en el plano simbólico (“madre” de la patria, “madre” del soldado heroico, etc.), en grandes grupos (como víctimas) o como apoyo sanitario o asistencial (enfermeras, monjas, telefonistas, confección de prendas militares, etc.) a la contienda bélica y a las víctimas de la misma.

Volvamos por un momento al soldado y a la representación del ejército. Los soldados y los ejércitos también son héroes y como tales también necesitan ser mitificados. El mito más recurrente -como vimos antes al hablar de la estética del Nazismo y el Fascismo- es el **cuerpo como máquina**. El soldado aparece, en su representación iconográfica, despojado de toda referencia biológica o psicológica individual (blanda por antonomasia, en alusión a la carne, las emociones, los fluidos, etc.) para adoptar los atributos y referencias de la máquina (de consistencia dura, fría, desapasionada, precisa, incombustible, ordenada, etc.). La revolución industrial propició un verdadero furor por el “maquinismo”. Las máquinas desempeñaron un papel crucial en la modernización de las distintas industrias (de armamento, manufacturas textiles, diseño, etc.), los transportes, las comunicaciones, la arquitectura, las costumbres, y por supuesto, **el arte**. Muchos fueron los artistas que se sintieron atraídos tanto por el “poder” de las máquinas como por el “embujo” de una de sus mayores aportaciones: la velocidad. **Máquina-velocidad-guerra** podemos decir que fue el “triumvirato” conceptual del **Movimiento Futurista italiano**, muy proclive, por las mismas razones, a la estética fascista. Uno de sus ideólogos y fundadores, el escritor y periodista **Marinetti** exclamaba que un coche rugiendo por sus tubos de acero era infinitamente más bello y sublime que la “Victoria de Samotracia” (un icono del arte clásico). Precisamente otro de sus miembros, el también escritor **Mario Carli**, realiza en 1919 esta significativa y “emocionada” descripción del soldado fascista, que he encontrado en el excelente ensayo **“El Cuerpo en Venta”** de Juan Carlos Pérez Gaudi:

1. *Gallarda cabeza genial, con fuertes cabellos alborotados.*
2. *Ojos ardientes, agresivos e ingenuos, que no desconocen la ironía.*
3. *Boca sensual y enérgica, dispuesta al beso furioso, al canto dulce y a la orden imperiosa.*
4. *Elasticidad de músculos, sin grasa recorridos por haces de músculos ultrasensibles.*
5. *Corazón de dinamo, pulmones neumáticos, hígado de leopardo.*
6. *Piernas de escalador, para trepar a todas las cimas y para salvar todos los abismos.*
7. *Elegancia sobria, viril, deportiva que le permite correr, luchar, saltar, bailar, arengar a una muchedumbre.*

Como es fácil observar, se trata de la construcción de un estereotipo de hombre en toda regla y para ello el autor echa mano a cuantos elementos mitológicos, eróticos y heroicos dispone en su haber para la construcción del personaje. Muchas de estas mismas características estereotipadas no son difíciles de reconocer en las nuevas revisiones cinematográficas de muchos heroicos guerreros de nuestro pasado “mítico”: *Gladiator*, *600*, *Troya*, etc. Así que resumiendo podemos hablar de dos tipos de héroes: los dirigentes –bustos desmembrados- que son los líderes, que como Zeus, marcan la Ley, los dogmas y el camino a seguir por las masas y los soldados –atletas, obedientes y heroicos-

Uno de los ejemplos que mejor ilustran estas interconexiones entre modelo de sociedad, masculinidad y conflicto bélico es la Guerra “genuinamente americana” del **Vietnam**. Los distintos estudios sobre las consecuencias sociales y las secuelas psicológicas de dicha guerra –que supuso el primer y estrepitoso fracaso militar del sistema capitalista “abanderado” por Estados Unidos- ponen sobre el tapete las grandes fisuras ideológicas de dicho modelo político-social y económico. Una de ellas es precisamente el modelo de nación que había conducido a los EE.UU. a la guerra y a una profunda **crisis de valores**. Dicho modelo empezaba a ser seriamente cuestionado por la propia ciudadanía, especialmente a partir de toda una serie de **movimientos sociales** reivindicativos que aglutinados bajo la denominación de “contracultura”, encauzaban indistintamente organizaciones políticas llamadas de izquierdas, de lucha por los derechos civiles de las minorías afroamericanas (con Martin Luther King a la cabeza), movimientos feministas, pacifistas, *hippies*, etc.

A ello hay que sumar el gran poder de convocatoria (y de denuncia) que suponían los grandes eventos artísticos vinculados al auge de la música Rock como fue el **Festival de Woodstock** en **1969** donde se congregaron más de medio millón de espectadores durante tres días marcados por la Guerra de Vietnam, la psicodelia, el amor libre y la



música folk -rock de grupos y artistas de finales de los años 60 del pasado siglo. Y también la actitud comprometida y militante de muchos artistas como **John Lennon** con sus famosas apariciones públicas y *performances* junto a su compañera la artista conceptual **Yoko Ono** en contra de la Guerra de Vietnam (*foto*).

Todos estos agentes sociales y culturales convirtieron el debate sobre la legitimidad de la guerra en una **discusión pública** sobre el modelo de nación vigente y los valores que lo sostenían, desafiando con ello a una **sociedad mayoritariamente patriarcal y tradicional**, haciendo tambalear todo el entramado “masculinista” obligando a una urgente y necesaria revisión de los roles de género en vigor. Estos nuevos roles comienzan a despuntar en las distintas manifestaciones artísticas y ámbitos culturales: música, cine, teatro, artes plásticas, literatura, etc., que evidencian todos estos importantes **cambios sociales** que comienzan a tomar forma visible en el seno de la sociedad.

